LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA

EDICIÓN AMPLIADA

PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

**LIBRO JUBILAR EN HOMENAJE
AL PROFESOR ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

**LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

INSTITUTO INTERUNIVERSITARIO DE GEOGRAFÍA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante
03690 Sant Vicent del Raspeig
publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965 903 480
Fax: 965 909 445

© los autores, 2016
© de la presente edición: Instituto Interuniversitario de Geografía y Universidad de Alicante

ISBN: 978-84-16724-09-3
DOI: <http://dx.doi.org/10.14198/LibroHomenajeAntonioGilOlcina2016>

Coordinación:
Jorge Olcina Cantos y Antonio M. Rico Amorós

Edición, composición y diseño de cubiertas:
Clotilde Esclapez Selva

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización
de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA GESTIÓN DE UNA UNIVERSIDAD: RECURSOS, AUTONOMÍA E INCENTIVOS

Ignacio Jiménez Raneda*

Es un privilegio poder colaborar en el libro jubilar que los discípulos del profesor Gil Olcina han querido ofrecerle en el momento de su jubilación, como reconocimiento a su trayectoria académica y de gestión universitaria.

Todos los que hemos tenido la fortuna de conocerlo estamos en condiciones de afirmar que la trayectoria académica de D. Antonio Gil Olcina es ejemplar. Todas sus publicaciones especializadas en el campo de la geografía lo ponen de manifiesto. Pero, además, el profesor Gil Olcina es poseedor de una cultura enciclopédica en prácticamente todos los campos del saber que, lamentablemente, hoy en día es infrecuente encontrar en muchos de nuestros académicos, incluidos, desde luego, buena parte de aquellos que tienen reconocida su excelencia investigadora en sus respectivos campos de especialización.

El profesor Gil Olcina se ha distinguido siempre por su compromiso con la institución universitaria, en todas las facetas que ésta abarca, incluida la gestión universitaria. Desde muy joven se involucró en estas tareas, asumiendo responsabilidades como decano y vicerrector en distintas universidades, para posteriormente convertirse en el primer Rector de la Universidad de Alicante. Pero Antonio Gil Olcina no ha sido solo Rector -un Rector más-, ha sido el creador de la Universidad de Alicante. Quienes hemos tenido la oportunidad de ser espectadores activos de su gestión como Rector de la Universidad de Alicante sabemos muy bien lo que hizo y en qué condiciones lo hizo; somos plenamente conscientes de que sin su dedicación y compromiso hoy tendríamos una universidad bastante distinta de la que tenemos y que, con seguridad, no sería mejor.

Terminada esta introducción y por razones obvias, centraré mi colaboración en este libro jubilar en plantear algunas observaciones relativas a la gestión universitaria.

* Catedrático de Fundamentos del Análisis Económico, Rector de la Universidad de Alicante (2005-2013).

Recursos, autonomía e incentivos.

Desde sus inicios las universidades hemos sido unas organizaciones complejas, pero esta complejidad aumentó de manera notoria a partir de finales del siglo XIX cuando el modelo humboldtiano de universidad se extendió por la mayor parte del continente europeo y por Norteamérica. Desde entonces las universidades se fueron convirtiendo en las instituciones responsables de la creación de nuevo conocimiento y de la transmisión de este conocimiento a sus estudiantes. Atraer talento a la universidad que contribuya a crear nuevo conocimiento y formar talento que proporcione a la sociedad los mejores profesionales -profesionales plenamente capacitados en sus respectivas especialidades y dotados de una formación general sólida- son funciones irrenunciables de toda universidad.

Todos sabemos que para el desempeño de estas funciones las universidades necesitan disponer de recursos y también sabemos que en promedio la proporción de recursos que disponen las universidades europeas es significativamente menor que el que, también en promedio, disponen las universidades norteamericanas. Igualmente es conocido que los recursos que en relación al PIB disponen las universidades españolas están por debajo de la media europea. Por ello, no debe de extrañarnos que se observe una fuerte correlación entre los recursos que disponen las universidades y los rendimientos que éstas alcanzan medidos a través de diversos indicadores.

Disponer de recursos es, por tanto, imprescindible para que las universidades podamos obtener un buen desempeño en nuestras funciones. Pero debemos de remarcar también que no lo es todo. Disponer de recursos es indudablemente una condición necesaria, pero sin embargo no es una condición suficiente. Sin una organización ni una estructura de incentivos adecuadas los recursos adicionales que eventualmente recibieran las universidades no tienen necesariamente que mejorar su desempeño.

Por un lado, las universidades precisan disponer de una estructura organizativa que proporcione un entorno favorable a la creatividad. Para que la idea humboldtiana de universidad pueda prosperar, esto es, para que la generación de nuevo conocimiento a través de la investigación sea posible, se necesita que la institución universitaria disponga de libertad, de libertad de pensamiento y de acción que hagan posible la búsqueda de la verdad y el avance del conocimiento. Además, la libertad en la investigación científica, en la enseñanza y en el estudio requiere que la estructura organizativa de la universidad facilite -y, mejor, promueva- el ejercicio de dicha libertad, lo que básicamente obliga a que la institución universitaria sea independiente de los poderes públicos, esto es, que la universidad pueda desarrollar su actividad en una atmósfera en la que esté ausente el control político. En otras palabras, la autonomía universitaria es necesaria para poder desplegar la libertad, la libertad creadora de la que debe surgir el conocimiento nuevo.

Pero la autonomía universitaria no significa solo que la universidad sea independiente del poder político. La autonomía se contrapone, también, a una estructura organizativa burocratizada, a una estructura prolijamente reglamentada y regulada. Cuando las actividades de la universidad están sometidas a una reglamentación legal detallada, la institución universitaria pierde buena parte de sus potencialidades, haciéndose incapaz de desplegar la creatividad del talento incorporado en sus personas.

Podríamos decir que fue a partir de 1984, una vez aprobada la Ley de Reforma Universitaria (LRU), cuando las universidades españolas dejamos, en buena medida, de ser dependencias administrativas del Ministerio, adquiriendo algunos niveles de autonomía organizativa. Ahora bien, la LRU generó un buen número de regulaciones prolijas sobre las actividades fundamentales de la universidad que han estado encorsetando nuestra manera de hacer. Esta tendencia a la regulación detallada que también se encuentra presente, con diferentes grados de intensidad, en buena parte del continente europeo, está, sin embargo, ausente en el mundo anglosajón que carece de leyes universitarias que digan a las universidades cómo tienen que hacer las cosas. Esta decisiva diferencia explica, en buena medida, la considerable distancia existente entre las universidades británicas y norteamericanas y las universidades del continente europeo en todos los indicadores internacionales que miden el desempeño universitario.

Obtener un rendimiento adecuado de los recursos invertidos en la universidad requiere, por consiguiente, tanto de un entorno totalmente favorable a la libertad como de una autonomía universitaria carente de regulaciones políticas y legales.

Ahora bien, decir que el sector público no debe reglamentar el hacer universitario no significa que la autoridad pública no deba jugar papel alguno. Al contrario, los poderes públicos tienen una función inexcusable que desempeñar: el diseño de los sistemas de incentivos adecuados con los que poner en práctica la política universitaria.

No debemos ocultar que existen importantes riesgos de comportamientos endogámicos en la universidad, que, además de rechazables en sí mismos, conducen a la ineficiencia. Todos sabemos que estos comportamientos se encuentran presentes en algunas parcelas de nuestra universidad reglamentada. Pero la mejor manera de combatir los comportamientos endogámicos no es con regulaciones sino con un diseño de incentivos que induzcan la mejora del desempeño de nuestras instituciones.

Introducir elementos de competencia en la captación de los recursos a percibir por las universidades siempre será aconsejable. Así, será preferible que una parte importante de los recursos que nutren la financiación ordinaria de las universidades esté ligada a la consecución de objetivos bien

delimitados frente a la alternativa de que dichos recursos ordinarios se obtengan de manera incondicionada. Obviamente, este argumento es aplicable todavía con más intensidad cuando nos referimos a aquella parte de los recursos que no forman parte de la financiación ordinaria, como son los recursos directamente destinados a la investigación. Sin duda, la competencia en la captación de fondos, la discriminación entre proyectos y la evaluación es imprescindible para poder alcanzar un buen desempeño en la creación de nuevo conocimiento.

Como conclusión destacaría que la mejora de nuestro sistema universitario y de su contribución al bienestar futuro de nuestra sociedad requiere dos importantes reformas que han de ponerse en marcha simultáneamente. Por un lado un incremento en los recursos a disposición de las universidades, transferidos de modo mucho más competitivo que en la actualidad, y por otro lado cambios organizativos en nuestras instituciones para que éstas sean más autónomas, más flexibles y desreguladas.

Presencia y valoración social de las universidades.

Las observaciones anteriores pretenden simplemente señalar que es posible concebir una estructura organizativa diferente -mucho más flexible- para el sistema universitario español. Ello, sin embargo, no debe ocultar el hecho de que en España disponemos de unas muy buenas universidades públicas, con un desempeño de sus funciones, medidas a través de diferentes indicadores, que solo puede ser calificado como excelente, especialmente cuando lo comparamos con los recursos de los que disponen.

Por otro lado, las universidades públicas españolas tenemos una importante presencia social. Además, somos instituciones que disfrutamos de un gran reconocimiento social. Así lo reflejan todas las encuestas que tratan de medir la valoración de las diferentes instituciones. Las universidades nos encontramos siempre entre el muy reducido grupo de instituciones de nuestro país que son valoradas con puntuaciones elevadas por la población. Una buena prueba de ello es que las familias nos confían lo mejor que tienen: sus hijos.

Por ello, muy posiblemente, las universidades somos atacadas con frecuencia desde ciertos ámbitos influyentes de nuestra sociedad, aquellos ámbitos de nuestra sociedad que rechazan una de las características que nos definen: nuestra independencia. El profesor Gil Olcina supo y sabe mucho de esto.